

# “Soy cualquier cosa menos un tonto grave”

por Hernán Díaz

**E**n vísperas de la aparición pública de su segunda novela, las expectativas sobre Gonzalo Contreras son inevitablemente elevadas. Lo que para algunos es un auténtico interés en repetirse la succulenta ración literaria que fue *La ciudad anterior*, para otros es la simple curiosidad de averiguar si el escritor se repetirá el taquillero y favorablemente criticado plato.

Sin embargo, para el principal involucrado, todo se reduce a una incontrolable compulsión correctiva previa al lanzamiento oficial de la obra: “Yo corrijo muchísimo, hasta que mi editor finalmente tiene que quitarme el manuscrito de las manos. Por eso también ahora ya no puedo abrir el libro, porque si lo hago no aguanto las ganas de volver a corregir algunas cosas”, asegura el autor de *El nadador*, de inminente estreno en las vitrinas literarias.

Su hija Magdalena, quien hasta hoy sigue siendo su mejor novela, ya tiene cuatro años y lo tiene convertido en papá chocho. Son compinches. Y en cuanto a su actual situación sentimental, el dos veces separado escritor la resume con una frase ampliamente hermética: “Mi corazón está en paz”. Por todo esto, sumado a la reciente publicación de su tercera obra, no es aventurado afirmar que Gonzalo Contreras está gozando con serenidad sus actuales 37 años.

Practicó el rugby en sus tiempos mozos, defendiendo los colores del Country Club. Hoy juega tenis cuando puede, porque para el fútbol nunca tuvo facilidades.

—Pero, ¿le gusta el fútbol?

—Sigo algunos partidos, sobre todo los internacionales, pero difícilmente me vas a ver en el Estadio Nacional un día domingo.

—¿No se ha sentido un poco futbolista con el revuelo suscitado por su “traspaso” editorial y su reciente “fichaje” en Alfaguara?

—Y yo no veo por qué. Es bastante habitual que los escritores se cambien de editorial y no necesariamente deben publicar toda su obra literaria con una misma editorial. Muchas veces ocurre así, pero muchas veces no, y eso no tiene nada de extraordinario.

—Los futbolistas cambian de equipo cuando les ofrecen mejores perspectivas económicas. En el caso de un escritor, y del suyo en particular, ¿prima este mismo criterio?

—Yo diría más bien que es una mezcla de dos

A sabiendas de que las comparaciones serán inevitables, el escritor acaba de presentar en sociedad *El nadador*, su esperada reincidencia novelística. Indiferente a la presión de superar la valla impuesta por *La ciudad anterior*, Contreras se limita a celebrar el hecho de que nunca más tendrá que escribir una segunda novela.

cosas. Las editoriales se diferencian por su tamaño, por su tradición literaria y por su capacidad de proyección de los libros. Cada editorial tiene un sello distintivo y todos éstos son elementos que uno toma en cuenta al momento de decidir.

—¿Es factible mantener una carrera exitosa, literaria o artística en general, al margen de los compromisos y ataduras que implica la concurrencia en el circuito comercial?

—Hay varios casos, como Beckett o Salinger, de tipos que siendo grandes escritores eran verdaderos ermitaños. Corresponden, eso sí, a otra época. Hoy, aunque no quiero abusar del término marketing, por el hecho de haberse transformado al escritor en figura pública, éste entra en un sistema. Y ello contempla entrevistas, charlas y conferencias en el período poscreativo. Hay que salir a la sobreexposición, porque es parte del sistema tal como está planteado actualmente.

—¿Y qué tal se lleva usted con las obligaciones de figuración que encierra un lanzamiento como el que tiene ad portas?

—Si de mí dependiera, me ahorraría todo lo que se refiere a entrevistas y demás actividades relacionadas con el evento de un lanzamiento. Pero hay que cooperar de alguna forma para que el editor no pierda su plata. Es un proceso por el que debo pasar, y tras el cual me vuelvo a recoger, vuelvo hacia adentro y me dedico a lo propiamente mío, que es escribir.

—¿Este compromiso con la editorial implica mantener un cierto ritmo de producción literaria?

—No, ni tampoco lo aceptaría. Tal vez en Estados Unidos o en el mundo anglosajón ocurra así, pero en nuestra cultura no existe ese tipo de condición. Por lo demás, los contratos con una editorial rara vez se hacen por futuros libros. Yo sigo man-

teniendo un contrato con Planeta y ellos siguen siendo dueños de *La ciudad anterior*. Ese contrato vence en un año y medio más, sólo entonces recuperaré mis derechos sobre esa novela. Todo esto significa que uno puede mantener contratos con varias editoriales, por lo que esta especie de exclusividad del “fichaje” no es tan así. Los contratos son por libro.

—Usted dicta un taller literario. ¿Alguna vez le ha tocado decirle a algún alumno que realmente no sirve para escribir?

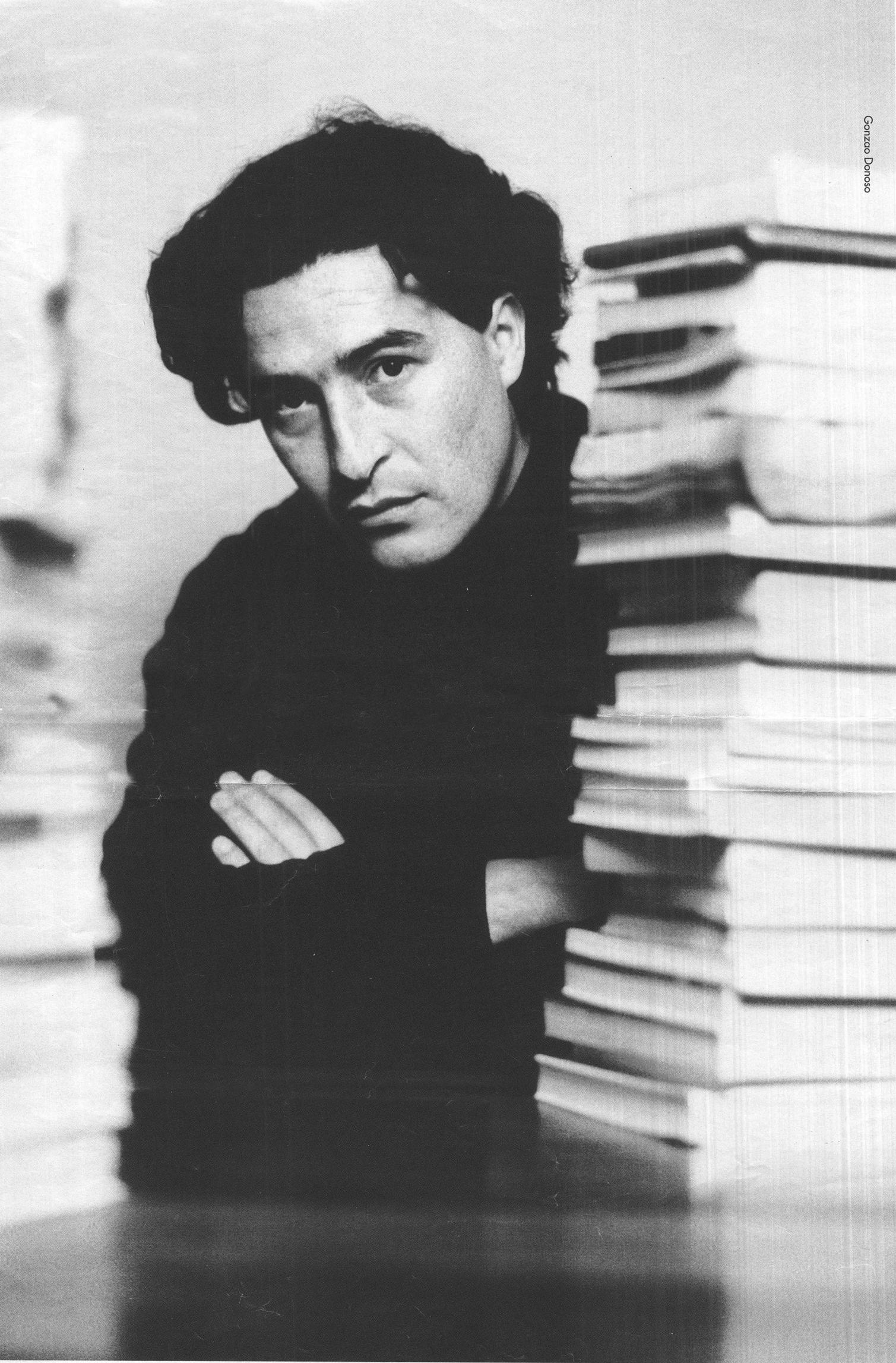
—No. Yo no emito juicios tajantes respecto al talento de nadie, no soy quién para hacerlo. Me limito a hacer un análisis de los textos, no de las personas.

—Aun así, en más de una ocasión Gonzalo Contreras ha sido tildado de descarnado, en términos de no reservarse sus opiniones frente a ningún tema que lo embargue...

—Han sido disputas que tuvieron su oportunidad y que doy por totalmente cerradas, desde luego. Y la mayoría de las veces, sino en todos los casos, no fui yo quien las comenzó.

—¿Por qué dejó de publicar su columna en un semanario de actualidad?

—Es bien paradójal. Se me pidió una columna cultural, pero después se consideró que eran columnas demasiado culturales. Existe un cierto rechazo, en algunos sectores del periodismo, hacia la cultura. Yo quisiera un panorama cultural nuestro de mucha mayor riqueza, y si tengo algún acceso a un medio pretendo contribuir a eso. Por otro lado, hay que ser realista y ver las cosas como son: no somos Francia, somos un país que está viviendo un apogeo en su desarrollo y en el cual el proceso cultural va absolutamente a la zaga de ese otro proceso. Culturalmente, este país es casi aséptico,



"La precisión, en literatura, es equivalente a la belleza. Cuando tú logras atrapar el objeto con la palabra, estás haciendo belleza", señala el autor de *La ciudad anterior*, cuya segunda novela estará pronto en las librerías.

pasteurizado.

—En términos generales, ¿qué opina del tratamiento que reciben los temas culturales en el periodismo chileno?

—Hay que considerar que en Chile el tejido cultural recién se está recomponiendo, y el periodismo

se hace cargo del fenómeno. Es sintomático que de un tiempo a esta parte un diario como *El Mercurio* esté sacando una página cultural diaria, o que en general estén apareciendo nuevos suplementos literarios. Pero sin duda no se percibe una gran profundidad en el tratamiento de los temas. Cuando habla-

versidad Católica, partió a acumular vivencias en Europa, donde se quedó cinco años entre París, Barcelona e Ibiza. En todos esos lugares trabajó más con las manos que con la mente, e incubó un germen de gozador vital que hoy reconoce sin ambages: "Soy cualquier cosa menos un tonto grave", enfatiza.

mos del periodismo, yo hablaría más bien del problema mediático respecto de la cultura: si comparamos el rol social de la cultura en países como México y España con la realidad de nuestro país, sin duda que estamos muy pero muy atrás.

—¿Vislumbra la posibilidad de ir acortando esa distancia?

—Revertir el dismantelamiento cultural ocurrido bajo la dictadura es un proceso largo. Dismantelar algo es mucho más fácil que reconstruirlo, y creo que estamos en eso. Como diría un astrónomo: se ve bien aspectado.

—Y de la televisión criolla, ¿qué opina?

—Que está cada día más mala, casi como si la hicieran con pica. Y no lo digo porque me la tome muy en serio, pero los programas son cada vez más estúpidos, el nivel de siutiquería es cada vez mayor, en fin...

### rebeldé congénito

Buen alumno en el colegio, el Luis Campino primero y luego el San Ignacio de avenida El Bosque, sus mayores tribulaciones escolares tuvieron más que ver con la conducta que con el rendimiento. Los padres jesuitas estuvieron tentados de echarlo en varias oportunidades, pero sus prometedoras inquietudes intelectuales —cuando no el espíritu santo— lo libraron del extrañamiento definitivo. "Fui expulsado varias veces —confiesa sin contento ni remordimientos—, pero al final siempre terminaban levantándome el castigo y conseguía la absolución".

Su fórmula de sedición la completaba, en aquella primera mitad de los años setenta, con incipientes incursiones literarias que robustecieron su determinación de convertirse en escritor. Y cómo no, se encontró con un indisimulado escepticismo de su familia frente a los resultados de esta "opción de alto riesgo", como el propio Gonzalo Contreras califica hoy la vocación literaria. "Cuando eres escritor, mientras no logres el éxito vas a ser un fracaso", tal es la premisa con que se justifica tanto las antiguas aprensiones parentales como las que a él mismo —confiesa— lo embargarían si un hijo le anunciara que quiere seguir sus pasos.

Cuatro o cinco años después de su autoproclamación y después de una decepcionante estadía en la escuela de periodismo de la Uni-